

Intuición y metáfora en Michel Maffesoli

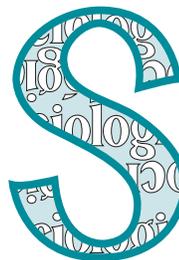
Aquiles Chihu Amparán*
Alejandro López Gallegos**

LOS NEODURKHEIMIANOS

EN OPINIÓN de Jeffrey Alexander (1988) los análisis culturales actuales en el terreno de los estudios sociales y humanísticos se fundamentan en la línea de pensamiento de Émile Durkheim, especialmente en los aportes de su última gran publicación: *Las formas elementales de la vida religiosa* (1982 [1912]).

Para Alexander, la obra tardía de Durkheim no sólo alienta la atención hacia los fenómenos culturales de la sociedad, sino que lleva a que el desarrollo de la investigación contemporánea implique una reconfiguración del análisis sociológico mismo, en términos de la centralidad de los procesos simbólicos para la constitución de las relaciones sociales.

El análisis sociológico tradicional recuperó el trabajo de Durkheim de un periodo intermedio: *De la división del trabajo social* (1973 [1893]), *Las reglas del método sociológico* (1974 [1895]) y *El suicidio* (1976 [1897]). Con ello, se forjó una visión estructuralista



* Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. Av. San Rafael Atlixco núm. 186, Col. Vicentina, 09340, D.F. Correo electrónico: chaa@xanum.uam.mx

** Licenciado en Sociología por la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. Correo electrónico: alejolo@yahoo.com.mx

de su obra y pensamiento, evidente en la definición misma de lo que es el análisis sociológico de la acción social, mediante métodos preferentemente cuantitativos.

Mas el hecho de situar la atención en su último libro implicaría una reconfiguración del análisis sociológico en el que se constituirían como objeto de investigación procesos simbólicos emanados de la práctica religiosa y el comportamiento ritual.

En la actualidad los más importantes estudiosos de la cultura se ubican como parte de esa tradición: Clifford Geertz, Victor Turner, Michel Maffesoli.

En opinión de Alexander, en *Las formas elementales de la vida religiosa* se encuentra una concepción de la acción social motivada emocionalmente y fundamentalmente expresiva, que se opone al énfasis tradicional de la acción social como una acción consciente y estratégica (en términos del cálculo medios fines). Según él, la emotividad de la acción social no se deriva de necesidades psicológicas, sino de la referencia a patrones simbólicos que no son creados intencionalmente por los actores. De ahí que se conciba a la sociedad no como un mecanismo que persigue metas colectivas dirigidas a la adaptación al medio, sino como un mecanismo que responde a la ansiedad humana acerca del significado y el sentido del mundo.

Esta nota tiene como objetivo exponer las principales nociones de un neodurkheimiano, como Michel Maffesoli, quien se caracteriza por la creación de nuevas palabras y metáforas para definir las manifestaciones culturales de nuestro tiempo. Términos como *posmoderno*, *saturación*, *reencantamiento del mundo*, *nomadismo*, *tribu*, en Maffesoli se convierten en instrumentos de conocimiento provisionales. La finalidad de utilizar metáforas para designar los fenómenos culturales contemporáneos es simplemente constatar, resaltar, hacer ver a los demás, que esos fenómenos existen. Así, la preocupación principal de este autor, con respecto a estos fenómenos, es describirlos y señalarlos, antes que explicarlos.

EL CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LO ACTUAL Y LO COTIDIANO

El Centro de Estudios sobre lo Actual y lo Cotidiano (CEAQ) fue fundado en 1982 por Michel Maffesoli¹ y George Balandier. Se puede consi-

¹ Michel Maffesoli nació en 1944 en un pueblo minero del sur de Francia. Su educación secundaria la hizo en la ciudad de Montpellier. Terminado su bachillerato se trasladó a la

derar como un laboratorio de investigación, orientado a establecer vínculos internacionales con estudiosos de todo el mundo. Los intereses principales del Centro son las nuevas formas de socialidad y las formas de expresión del imaginario en diversas sociedades. El CEAQ expresa una vocación interdisciplinaria, por lo que incorpora dentro de su planta académica a analistas de todos los horizontes del conocimiento social. También edita dos revistas: *Societes* y *Cahiers del'imaginaire*, que le permiten hacer público el trabajo realizado por sus investigadores. Son tres sus principales líneas de investigación:

- 1) Lo cotidiano y lo imaginario. Con ella, se trata de considerar el papel que juega la imaginación en la construcción de las múltiples realidades que experimentan los sujetos sociales durante su vida cotidiana.
- 2) Las nuevas formas de socialidad. Esta línea se ocupa de analizar la emergencia de las diversas agrupaciones de efervescencia social: los grupos de ayuda mutua, las nuevas formas de unión con el otro, la difusión de los valores dionisiacos, las celebraciones festivas, el efecto social de las imágenes publicitarias o televisivas, la cultura popular y el impacto de las nuevas tecnologías de comunicación sobre el comportamiento.
- 3) La proximidad y el localismo. La proximidad social es investigada como un medio que tienen a su disposición los sujetos sociales para reapropiarse de la existencia social; la localidad, el lugar, el territorio es examinado como una suerte de anclaje psíquico y simbólico. Mediante el estudio de estas dos dimensiones de la socialidad se trata de comprender las resistencias o, mejor dicho, las duraciones sociales, los fenómenos durables dentro de la sociedad.

ciudad de Lyon, en donde realizó estudios de filosofía y sociología, los cuales continuó en la Universidad de Estrasburgo, en donde además estudió historia de las religiones. Ahí mismo, en Estrasburgo, obtuvo su certificado de estudios superiores en historia de las religiones. En dicha universidad también concluyó sus estudios de maestría y de doctorado. Fue investigador en la Universidad de Grenoble, en el Departamento de Ciencias Sociales, sitio en el que conoció a Gilbert Durand, bajo cuya dirección realizó su tesis de doctorado. Al terminar la tesis fue nombrado profesor asistente en la Universidad de Estrasburgo y en 1981 fue designado profesor titular en La Sorbona. Allí fundó, junto con George Balandier, el Centro de Estudios sobre lo Actual y lo Cotidiano (Gómez, 1994).

El Centro de Estudios sobre lo Actual y lo Cotidiano organiza cada año un seminario sobre una temática específica. El seminario más reciente (2000-2001) estuvo dedicado a la “Sociología del mal”. En él se revisaron las diversas expresiones de la “maldad” social: agresividad, violencia, sufrimiento, disfuncionamiento, pecado. El mal ha sido una fuente constante de mitos, de cuentos, de leyendas y de otras representaciones colectivas. Éstas se hallan íntimamente vinculadas con las problemáticas de un hombre perfecto o de una sociedad perfecta, las cuales, ya sea como ideal o como proyecto, han sido una marca distintiva de la modernidad. Durante el seminario se intentó mostrar que la comprensión sociológica del mal en la sociedad requiere superar esas problemáticas; la aceptación de la imperfección a nivel teórico y empírico, como un elemento estructural de nuestro mundo, puede ser una buena manera de analizar la socialidad posmoderna.

REDUCTIO AD UNUM

Maffesoli denomina como la gran paranoia de nuestra época la reducción al uno. Nuestra tradición, que es sustancialista o esencialista, no puede concebir más que existencias que tengan una esencia, una sustancia, Dios, el ser, las instituciones.

Estas últimas no son sino la transcripción social del ser o de Dios. Nuestras ideologías —señala el autor— son perennes, eternas a la imagen de ese Dios, ya que Dios supuestamente es infinito y por ello las instituciones y el ser son eternos. En consecuencia, las ideologías perdurarían por siempre, y las civilizaciones también.

En esta lógica, los sistemas de pensamiento de izquierda o derecha, revolucionario o conservador, son considerados pensamientos burgueses. El pensamiento burgués sería uno que confunde todas las tendencias y descansa en un mismo principio de reducción o de homogeneización. La palabra maestra del pensamiento moderno es homogeneizar.

Augusto Comte resume el siglo XIX y la sociología en la fórmula: *reductio ad unum*. O sea, la reducción al uno, a la unidad. Fórmula a la que los sociólogos no le prestan la suficiente atención, pero en la cual encontramos la síntesis de la abstracción moderna. *Reductio ad unum* es lo que en matemáticas se llama el mínimo común denominador. Ello traerá como consecuencia la eliminación de las diferencias, de las particularidades, de las disparidades y de las culturas distintas. De manera que el resultado es el de la aplanadora de la unidad.

Al concebir la vida social a partir de un único modelo, vemos cómo las interpretaciones del mundo se reducen a unas cuantas: marxismo, freudismo, funcionalismo, positivismo. Grandes sistemas que se elaboran a partir de la mitad del siglo XIX y que encuentran su apogeo a fines de ese siglo. En efecto, sólo al culminar ese siglo podemos constatar la constitución de estos amplios sistemas de referencia, que Maffesoli llama el fantasma del uno, la fantasía del uno. Esa gran fantasía que atravesó el siglo XIX y que no es sino la transcripción en el plano de la vida profana de esta gran fantasía del monoteísmo, la gran fantasía judeocristiana basada en la existencia de un solo Dios.

ELOGIO DE LA RAZÓN SENSIBLE

Lo que Maffesoli denomina elogio de la razón sensible da cuenta de una crítica dirigida al racionalismo. La modernidad se caracteriza por el racionalismo, una forma de pensamiento que al privilegiar en exceso a la razón como motivo y fundamento de las relaciones sociales, se convierte en una doctrina, en un dogma, más que en un espacio de producción de saberes. El racionalismo, después de haber sido un instrumento de elección en el análisis de la vida individual y social, se ha esclerotizado y, por eso mismo, se ha vuelto un obstáculo para la comprensión de la vida (Maffesoli, 1997: 32).

Para el autor, el racionalismo produce una serie de operaciones que se toman en impedimentos epistemológicos que dificultan captar las formas de socialidad actuales. En su opinión, el procedimiento del racionalismo consiste en pasar de lo concreto a lo abstracto, de lo singular a lo general, sin tomar en consideración que la vida social es compleja y que por ello no puede ser reducida a ideas generales. Este impulso hacia la abstracción, propio del pensamiento racionalista, a la larga pierde de vista que los sujetos sociales se componen de algo más que pura razón. Maffesoli señala que la característica esencial del racionalismo es una manía clasificatoria que desea que todo entre en una categoría explicativa y totalizadora, sin preocuparse verdaderamente por el hombre vivo que sufre, que es feliz, que tiene emociones y sentimientos y de quien no aprendemos nada etiquetándolo de tal o cual manera (Maffesoli, 1997: 37). El pensamiento racional ve como apariencias, como fenómenos pasajeros, aspectos de la condición humana: los sentimientos, los afectos, las explosiones emocionales.

La razón es incapaz de captar el aspecto prolijo, lleno de imágenes y simbólico de la experiencia vivida.

Maffesoli se pronuncia por la descripción, la intuición y la metáfora como instrumentos del conocimiento. Su propuesta para examinar los fenómenos sociales posmodernos es la “contemplación”, el no pensar más la vida social tal como debería ser o tal como nos gustaría que fuera, sino tal y como es (Maffesoli, 1997: 151).

Mientras que el pensamiento moderno se pregunta ¿por qué la realidad es así? el pensamiento descriptivo se interroga ¿cómo es la realidad?

Una nueva actitud intelectual debe asumir un distanciamiento con respecto a la ideología del dominio sobre el mundo social y natural propio de la modernidad. Operativamente ese distanciamiento debe expresarse en la elección de un modo de acercarse al estudio de la realidad social: la descripción. Lo propio de la descripción es, precisamente, ser respetuoso con la realidad social. Contentarse con acompañar más que someter una realidad compleja y abierta (Maffesoli, 1997: 154).

La percepción de los fenómenos vitales de la posmodernidad requiere, además, del ejercicio de la intuición. Para Maffesoli, la intuición no es simplemente una cualidad psicológica individual. Es la capacidad de empatía con los fenómenos sociales. La comprensión del tribalismo, del nomadismo, exige del investigador una especie de intuición intelectual, de una sensibilidad intelectual; demanda que esté lo más cerca del sentido común y que se involucre directamente con su objeto de estudio mediante el ejercicio de la observación participante.

Pero no sólo basta con modificar la visión epistemológica y la actitud hacia el objeto. También hay que transformar los instrumentos categoriales utilizados para transcribir el saber adquirido. Maffesoli recurre más que a conceptos claramente definidos, a metáforas. Apela a una analogía: el saber de la sociología de lo cotidiano es más o menos igual al de los místicos. Las experiencias que tienen los sujetos con respecto a los eventos sociales se encuentran más cercanas a lo emocional, a lo afectivo, más próximas a lo corporal y resultan difíciles de traducir en palabras. Y así como el místico desarrolló un “entendimiento alegórico” de sus experiencias, mediante la producción de figuras retóricas que hablan de las cosas sin agotarlas, de igual manera el sociólogo debe adoptar un lenguaje que bosqueje el contorno de esa experiencia primordial de lo social que es lo propio de la vida cotidiana.

En un momento en que las instituciones estables y los sistemas de interpretación hacen agua por todas partes, no resulta inútil acudir a

los procedimientos metafóricos. Para Maffesoli, el estado del mundo actual es de una gran fragilidad y fragmentación, por ello, para hablar de este mundo es indispensable un lenguaje provisional y fraccionado, abierto a constantes recomposiciones para adecuarse a la descripción de un mundo cambiante. “Sólo podemos hablar de lo social por evitación, por alusión, de una manera indirecta” (Maffesoli, 1997: 202).

El sociólogo francés emplea metáforas que nos permiten experimentar la vida cotidiana y los hechos en su plenitud y concreción. La metáfora, señala, destaca algún rasgo propio de la vida social sin limitarla (Maffesoli, 1993: 159).

El uso de metáforas en la construcción teórica se ha presentado de manera frecuente en los diversos estadios de la historia de la sociología. De manera particular, la aplicación de metáforas espaciales ha estado presente en la teoría sociológica durante gran parte de su existencia. No obstante, en las décadas de los ochenta y los noventa, su manejo ha adquirido un carácter distintivo. Lo que sobresale en el uso contemporáneo de metáforas espaciales en la teoría sociológica es que no son incluidas simplemente para adornar los escritos sociológicos, sino que juegan un papel central en la teoría y la investigación.

LA POSMODERNIDAD

El trabajo de Michel Maffesoli se identifica por el intento de crear palabras para definir las manifestaciones culturales de nuestro tiempo. En ese esfuerzo, un paso preliminar es el uso de metáforas para designar tales manifestaciones. Así, por ejemplo, el término *posmoderno* únicamente quiere señalar que los valores modernos ya no funcionan. Maffesoli expresa esta no funcionalidad de los valores modernos con el término de *saturación*. “La idea de saturación en la química es cuando las moléculas que componen un cuerpo ya no pueden mantenerse juntas; estas moléculas entran en otra composición y es ese mecanismo el que funciona actualmente” (Cisneros, 2000).

El origen del término *posmodernidad* se encuentra en la arquitectura impulsada en la década de los cincuenta. Mediante él, ciertos arquitectos pretendían diferenciar su obra de las del modernismo arquitectónico. Lo que los arquitectos posmodernos tratan de enfatizar es que sus obras son construcciones desarrolladas a partir de la conjunción de elementos diversos. Maffesoli retoma esta noción funda-

mental para indicar que la vida social no es homogénea, sino que se construye a partir de elementos diversos, de diferentes culturas.

Como apuntaba el autor en una de sus conferencias (Maffesoli, 2000a) la noción de posmodernidad es una palanca metodológica, no es un concepto, es más bien algo que puede permitir captar estos valores cambiantes en la vida social.

Tres son los valores que considera en constante transformación. Primero el gran valor de la razón. El segundo es el gran mito del progreso. Y el tercero es el trabajo. En su opinión, estos valores ya no son considerados como imperativos categóricos, sobre todo entre las jóvenes generaciones.

En la medida en que la posmodernidad marca el final del mundo burgués se reconoce que algunas cosas se terminan y emergen otras maneras de vivir. Maffesoli acuña el término saturación, propuesto por el sociólogo Sorokin alrededor de la década de los treinta, para indicar que algo puede dejar de tener una fuerza y hacer que otra cosa también cese. En química, la saturación sucede cuando las moléculas que integran un cuerpo por diversas razones ya no pueden permanecer juntas y hay un divorcio, pero al mismo tiempo estas moléculas entran en otra composición y construyen otro cuerpo. Este proceso de saturación indica que lo que constituía la vida social ya no funciona como tal, pero simultáneamente existe otra cosa que está emergiendo. Es decir, se da una saturación de lo social y una emergencia de la socialidad.

Lo que está sucediendo actualmente es la saturación de la lógica de la identidad, del principio individualista que fue la base de los grandes valores modernos del trabajo, de la razón, de la fe, del porvenir. Todo lo que constituía el conjunto de los valores de la modernidad. Para Maffesoli, lo social reside en lo que se funda únicamente sobre la razón, el trabajo, el progreso o la fe en el porvenir, el cemento que cohesionaba las instituciones sociales; la socialidad, en cambio, se fundaría en lo afectivo, en lo sensible, lo imaginario, lo lúdico, lo lírico. Una socialidad que integra parámetros humanos que la modernidad había dejado de lado. En ese sentido, la *posmodernidad* retoma varios componentes de la *premodernidad*; es el regreso de elementos arcaicos. En uno de sus libros, *Elogio de la razón sensible* (1997), Maffesoli subrayaba la conjunción que había entre la razón, por un lado, y los sentidos, por otro, una relación dialéctica entre ambos; la razón sensible que funciona tal y como operan las jóvenes generaciones.

Para el sociólogo francés, la complejidad de las sociedades actuales, que no es la mera derivación lineal de la sociedad moderna, queda capturada en el término posmodernidad. Las sociedades posmodernas registran el surgimiento de conductas tales que bien puede recordarnos un “regreso de lo arcaico”. Una prueba es la formación de grupos con características tribales. Tribus que se identifican porque comparten una serie de gustos comunes. Otra prueba es el nomadismo, el rechazo a la “asignación de residencia” y a las identidades únicas. Dice el autor que las generaciones jóvenes de diversas partes del mundo tienden a preferir la *errancia*. Errancia al elegir pareja, al preferir un trabajo, al seleccionar su habitación; carecen de referentes ideológicos, han abandonado la idea del compromiso hacia una pareja.

En este sentido, Maffesoli se opone a la concepción de que las sociedades actuales son cada vez más individualistas. “El individualismo puede ser el valor de los intelectuales establecidos, pero las pequeñas tribus contemporáneas para nada son individualistas”.

INDIVIDUO Y CIUDADANO

Uno de los puntos importantes de los análisis de Michel Maffesoli es su punto de vista crítico hacia las ideas y los ideales universalistas, con los cuales la modernidad intenta explicar la vida social. Dos de esas nociones son la del *individuo* y la de *ciudadanía*.

La idea de individuo aparece como universalista porque propone que, con el fin de las sociedades tradicionales y sus vínculos sociales orgánicos, la forma de socialidad predominante será la lógica individualista, una lógica de relación social orientada por el cálculo racional (puesto que, en la relación social del individualismo, el sujeto trata de obtener lo mejor para sus propios intereses, y ello es así, porque el sujeto ya no posee los intereses de un grupo). En las sociedades posmodernas, Maffesoli observa que el fenómeno social más llamativo es el resurgimiento de formas de socialidad que, desde el punto de vista de la modernidad, pueden considerarse como arcaicas: la “tribu”, el grupo, la comunidad.

En esas formas de socialidad, el sujeto vive sus relaciones sociales no como un individuo encerrado en sí mismo, para el cual todos los demás individuos son intercambiables e igualmente indiferentes. Cuando la relación social está signada por la lógica de la “tribu”, el sujeto

obtiene lo mejor de sus propios afanes al fundirse con los intereses del grupo. Más aún, lo que orienta la relación social bajo la lógica de la “tribu” no es el cálculo racional del propio beneficio, sino una necesidad pulsional de fundirse sentimental o afectivamente con el grupo.

Así también, el autor critica la idea de *ciudadanía*, en tanto que es una forma propia de la modernidad para designar al sujeto político. La representación de ciudadanía deja ver un intento universalista de normar la vida política. En efecto, los derechos de ciudadanía esconden el proyecto según el cual todos en el mundo entero se van a comportar de igual modo. Entonces, tanto la idea de individuo como la de ciudadanía, en sus aspiraciones universalistas de prescribir una sola forma de socialidad y de comportamiento político, intentan crear una homogeneización del espacio social y del campo político.

A la concepción de ciudadanía, como intento de normar la vida política, Maffesoli contrapone la idea de que en las sociedades posmodernas la vida política será cada vez más dominada por las particularidades, por la expresión de derechos no universales, ligados a las especificidades de ciertos grupos. Así, por ejemplo, las prerrogativas exigidas por las comunidades indígenas o por los grupos gay no son universales, puesto que su base es la particularidad de ellos. En otras palabras, lo que reclaman afirma su diferencia frente a otras comunidades y grupos, y no como exigencias para integrarse dentro del estatuto universal de la ciudadanía, sino para poder ejercer su diferencia dentro del espacio social.

Todas estas transformaciones requieren, para ser pensadas, de un cambio en la forma de investigar lo social. Para Maffesoli lo propio del pensamiento social moderno es pensar la vida social como si ésta respondiera a tres elementos: lo racional, lo económico y lo mecánico.

En su conjunto, tales elementos crean una tendencia central en el pensamiento social moderno: el universalismo, la concentración en los grandes problemas de la sociedad y la construcción de modelos totalizadores de explicación de lo social. Hay una veta perdida por el pensamiento moderno —señala Maffesoli—, el hecho de que la vida social se compone de cosas pequeñas, y que las grandes construcciones sociales (como las instituciones) son el resultado de la “acumulación y la sedimentación” de esas cosas pequeñas. Comprender a las instituciones sólo puede lograrse si se examinan todos aquellos eventos que poco a poco fueron dando lugar a una institución (Cano, 2000).

EL NOMADISMO

Los valores e instituciones que orientaron a las sociedades modernas se han erosionado. Dichas sociedades se caracterizaron ante todo por la creación de certidumbres, “asignación de residencia” según Maffesoli. En las sociedades modernas, los sujetos adquirirían un sexo, una religión, una ideología, y esto creó una sociedad que era, ante todo, sedentaria. Pues bien, esto se está desgastando en los tiempos recientes, dando paso a signos de decadencia de época. En el caso de las sociedades modernas, el signo de la decadencia es la extensión del aburrimiento.

El aburrimiento, como una tendencia social actual, podría ayudar a explicar una serie de fenómenos sociales recientes identificados con el término *nomadismo*. Se trata de una metáfora mediante la cual Maffesoli pretende señalar dos cosas. En primer lugar, el hecho de que frente a la tendencia moderna de asignar residencia única y permanente a los sujetos sociales (encerrándolos en una identidad genérica, política, social, ideológica, religiosa) aparecen hechos que por sí mismos hablan de la negativa de los sujetos sociales a seguir adscribiéndose a identidades únicas e inamovibles. Lo que prevalece, en opinión de Maffesoli, es la ambigüedad y el impulso hacia la movilidad y la transgresión de fronteras, ello se expresa en el polimorfismo de la sexualidad contemporánea, en el sincretismo religioso, en las mezclas ideológicas y hasta en asuntos que se han interpretado sólo desde una perspectiva económica. De este modo, “los fenómenos migratorios no responden únicamente a cuestiones económicas, sino también, de manera inconsciente, al deseo de reanimación del cuerpo social, con el fin de darle una nueva alma a nuestras sociedades que se están muriendo de aburrimiento” (Velázquez, 2000).

En segundo lugar, la transformación de las sociedades modernas hacia un nuevo tipo de sociedad no consiste exclusivamente en la aparición lineal de lo “nuevo”, sino en la reaparición de fenómenos “arcaicos”. Así, por ejemplo, tradicionalmente las etapas más primitivas del desarrollo de la sociedad humana se caracterizaban por el nomadismo, la errancia. La sedentarización implicó una revolución cultural, un salto hacia delante en el progreso de la cultura. Para el autor, esta visión implicaba que lo que quedaba detrás de la gran revolución sedentaria estaba superado para siempre. No obstante, al utilizar la metáfora de nomadismo, Maffesoli señala el hecho de que

para comprender las formas de socialidad actual es necesario regresar a esos fenómenos arcaicos que también forman parte de lo humano.

Fiel a la idea nietscheana del *eterno retorno*, el sociólogo francés manifiesta que el nomadismo es una matriz de la historia de la humanidad. De la misma manera que en los bordes del Mediterráneo, antes de la eclosión de la gran cultura grecolatina, se observó un intenso nomadismo, así también se dio en Europa antes de la Edad Media. El nomadismo es algo que prepara una nueva civilización (Velázquez, 2000).

Desde esta perspectiva, están también en entredicho ciertos términos que se han puesto de moda para describir la situación actual del mundo. Un ejemplo es el de *globalización*, el cual resulta insuficiente y hace demasiado hincapié en los fenómenos de uniformización a que conducen la intensificación de las relaciones comerciales. Pero a estos fenómenos de uniformidad se contraponen otros de afirmación localista, expresión de la tribalización del planeta. Maffesoli considera que los fenómenos actuales de globalización y reafirmación localista conducen a un nuevo retorno de lo arcaico. En efecto, el progresivo debilitamiento del Estado-nación produce un regreso de la idea imperial, es decir, la constitución de grandes imperios y, en el interior de los mismos, pequeñas entidades tribales.

Si esto es así, asistimos actualmente a la reaparición de los valores de la errancia y el nomadismo que se contraponen a los de la sedentarización.

La globalización alude a las formas de uniformización alentadas por el incremento de las relaciones de todo tipo, comerciales, comunicativas, etcétera. A este fenómeno, los sujetos responden en sus prácticas con la reafirmación de sus particularidades irreductibles a los procesos de uniformización, a los cuales Maffesoli se ha referido a través de su metáfora de "las tribus". El retorno del nomadismo como valor arcaico no se contrapone necesariamente al fenómeno de la globalización, así, por ejemplo, el surgimiento del internet permite precisamente la extensión del nomadismo, por cuanto el aspecto crucial de éste es la movilidad, la circulación de las ideas y de las emociones. Así, "existe una red tecnológica que permite el desarrollo de las microtribus y el desarrollo del nomadismo (Jiménez, 2000).

Con la metáfora de tribu, Maffesoli trata de ilustrar los fenómenos de la socialidad en las sociedades contemporáneas, haciendo una analogía con la situación que viven los grupos humanos en una jungla natural. "En las junglas, en el estricto sentido del término, la unión

en tribus era una manera de resistir la adversidad exterior. De la misma manera, en nuestras junglas de piedra [...] la tribu es una manera de resistir ante la adversidad, una manera de crear nuevos vínculos de solidaridad” (Jiménez, 2000).

Lo peculiar de estos nuevos vínculos es que no estarían fundados en el cálculo racional, sino en las emociones. La necesidad de utilizar metáforas en lugar de conceptos para comprender la situación actual se deriva de la inexcusabilidad de crear un lenguaje que sustituya al lenguaje conceptual, propio del afán cientificista proveniente del siglo XIX.

Ya hemos dicho antes que las metáforas se convierten en instrumentos de conocimiento provisionales, mediante los cuales no se persigue la explicación total de fenómenos que en sí mismos poseen rasgos muy difusos y efímeros.

Las metáforas que elige Maffesoli para describir fenómenos actuales consisten en términos que han sido utilizados para designar fenómenos que pertenecen a épocas históricas pasadas. Para él, esto es indispensable porque, para comprender lo nuevo que surge en la vida social, se requiere cambiar nuestra concepción misma de la historia. Es menester pasar de una visión lineal y progresista a una en espiral, que nos hará reconocer cosas antiguas en el presente. Eso son la tribu y el internet, fenómenos arcaicos que aparecen con nuevos desarrollos tecnológicos.

EL TRIBALISMO

Existen dos ejes de significado en la metáfora del tribalismo: el primero gira en torno a la idea de que en el tribalismo encontramos aspectos “arcaicos” y “juveniles” que singularizan a la solidaridad social que emerge dentro de las tribus. El segundo alude a la idea de que el tribalismo posee una dimensión comunitaria.

Nos referiremos al primer eje. Maffesoli denomina con el término socialidad a todos aquellos elementos microsociales dispersos (estilos de comer, de vestir, de sexualidad, rituales domésticos, en fin, todo aquello que compone la vida cotidiana). La socialidad, la vida cotidiana que expresa, antes que cualquier funcionalidad, política o económica, la mera voluntad de vivir, es para Maffesoli una fuerza interna que antecede y funda las diversas formas de poder.

Ahora bien ¿en qué consiste esa fuerza, esa potencia societal o socialidad, y cuál es su importancia para el análisis de las sociedades actuales a las que el autor denomina posmodernas?

Maffesoli dirá que la socialidad, esa potencia societal, es un fenómeno arcaico. En efecto, para él, si el conocimiento sociológico ha de servir para algo es, ante todo, para descubrir el misterio del vínculo social mismo.

¿Por qué los seres humanos están juntos? Según Maffesoli, las diversas respuestas a esta pregunta, ofrecidas por el pensamiento social moderno y en especial por la teoría del contrato social entre individuos racionales y autónomos, perteneciente a la teoría política liberal que se encuentra en la base de los sistemas políticos de las sociedades actuales, es insatisfactoria, específicamente porque es incapaz de dar cuenta de la aparición de todos esos fenómenos “anómicos” que cada vez se encuentran más al centro de las sociedades actuales: el regreso de la religiosidad masiva, los espectáculos deportivos, los conciertos multitudinarios. Todos aquellos eventos para los cuales Maffesoli acuña el neologismo de *multitudelirios* (*affoulements*).

Estas manifestaciones del tribalismo no son irrationalidades, sino precisamente una forma de percibir la fuerza primordial, la potencia societal que sustenta los vínculos sociales.

El tribalismo revela la emergencia de una nueva lógica civilizatoria, que poco a poco se impone y sustituye a los valores de la modernidad. En la medida en que él expresa la presencia de una fuerza primordial, arcaica, las sociedades posmodernas se caracterizan por un regreso al arcaísmo; ante todo, por ese regreso de las tribus, por el retorno de una manera de socialidad que pone el énfasis en el goce del instante actual más que en la proyección de metas a conseguir.

Según Maffesoli, a nuestras tribus contemporáneas no les preocupa el objetivo por alcanzar, no les importa el proyecto económico, político o social por realizar. Prefieren acceder al placer de estar juntos, a la intensidad del momento, al goce del mundo tal cual es.

El arquetipo principal que actúa en las tribus posmodernas es el mito del “niño eterno”. En dichas sociedades los valores que paulatinamente van reemplazando a los de la modernidad están vinculados con la voluntad de gozar el momento presente, sin preparar proyectos a futuro. Valores hedonistas, los denomina Maffesoli. El habla joven, la moda joven, la esmerada atención prodigada al cuerpo, las histerias sociales.

El mito que funda a la sociedad moderna es el de una cultura heroica en donde el individuo es concebido como un ente activo que se domina a sí mismo y domina a la naturaleza. En cambio, el mito, que poco a poco se afirma con más fuerza en la sociedad posmoderna, es el de una cultura hedonista, en la cual el individuo es considerado como un ente inactivo, que no entra en combate con la naturaleza sino que se encuentra dispuesto a gozar con ella. Esta cultura no es por fuerza destructiva. Induce a otro modo de relacionarse con la alteridad, con ese otro que es el prójimo, que es la naturaleza.

En resumen, el cambio cultural que avizora Maffesoli es el que va de una cultura fundada en el mito judeocristiano de un paraíso que se persigue hacia el futuro, al mito pagano de que no existe más vida y más paraíso que éste que pisamos.

Comentemos ahora el segundo eje, el referente al ideal comunitario. Para el sociólogo francés resulta bastante claro que las instituciones sociales funcionan sobre la base del comunitarismo, es decir, mediante la instauración de redes sociales tales como la influencia, la camaradería, la ayuda mutua. En la vida social, el individuo por sí mismo nunca puede hacer nada solo, siempre recurre a las redes sociales que ha podido construir, pues únicamente ellas le ofrecen pertenencia social. Pero los beneficios materiales, estas redes sociales, no se fundan únicamente en el cálculo racional, sino también en una buena dosis de estados afectivos, de sentimientos y de emociones.

Aceptar que la vida social transcurre sobre todo a través de la instauración de redes sociales y que el sujeto dejado a sí mismo es incapaz de hacer nada, lleva a cuestionar la individualidad del individuo, la idea de que los individuos poseen una identidad fuerte.

Maffesoli diría que sólo hay sentimiento de individualidad cuando el ser humano pertenece a un grupo social. En otras palabras, un ser humano sólo puede convertirse en un actor social eficaz en la medida en que los medios de su acción le son proporcionados por un grupo del que forma parte.

Así, podría decirse que el ser humano no se pertenece a sí mismo. Esta constatación no significa alienación, sino apertura. El hecho de que el individuo sólo sea lo que es a partir de su relación con lo otro (sociedad o naturaleza) permite una apertura de los sujetos sociales al mundo. Esta apertura de las potencialidades es detectada en el abandono de las identidades fijas y la cada vez más constante profusión de identificaciones que una misma persona puede asumir (sexuales,

ideológicas, profesionales). Así, asistimos a un desplazamiento que va del individuo con una identidad estable, que ejerce su función dentro de conjuntos contractuales, hacia la persona con identificaciones múltiples, que desempeña papeles en tribus determinadas por sus elementos afectivos.

De acuerdo con Maffesoli, el ser humano no se pertenece a sí mismo, sino que encuentra el sentido de su existencia en un “fondo arquetípico de alegrías, placeres y dolores también”. Al darse cuenta de ello, los actores sociales encuentran en la afirmación de sus lazos comunitarios una forma de ratificar su propia existencia individual. Se trata de un mecanismo de afirmación que se encuentra más allá de lo preconizado por la cultura moderna. En ésta, el individuo validaba su existencia proclamando su autonomía irreductible. En cambio, en el neotribalismo posmoderno, el individuo se afirma a sí mismo a través de la reivindicación de su pertenencia conjunta con otros individuos. Así, a la frialdad del individualismo, se le contraponen el calor humano, la proximidad que consolida los estados afectivos, la horizontalidad fraternal. Apoyarse mutuamente, descubrir inusitadas formas de solidaridad y de generosidad.

Estas reflexiones pueden ayudarnos también a comprender algunas propuestas de este sociólogo francés sobre la política actual. El universalismo político de la cultura moderna de los sistemas de democracia representativa resulta incapaz de explicar y solucionar los fenómenos políticos contemporáneos, que vienen a alterar el plan universal de democratización mundial. Problemas relacionados con la reemergencia de los nacionalismos, de los localismos, del fundamentalismo religioso, de estallidos violentos.

Este universalismo político se fundaba en la idea de que todos los seres humanos, al ser sujetos autónomos, eran básicamente iguales y tenían el mismo potencial para asumir una misma actitud racional que regulara las relaciones sociales. Sobre la base de estos presupuestos, era posible establecer la democracia representativa como un campo en el cual se dirimirían racionalmente las disputas particulares que pudieran tener entre sí los individuos.

Lo que sostiene Maffesoli, y que pone en duda este universalismo político, es que los individuos sólo actúan como tales a partir de su pertenencia a alguna tribu y que, en consecuencia, sus valores y sus intereses son los de su tribu de adscripción. Esto significa que las relaciones políticas no pueden reducirse al ideal de negociación racional

de las diferencias que propugna el ideal de la democracia representativa. En efecto, este ideal supone que los individuos están dispuestos a transigir en sus puntos de vista para llegar a un consenso, porque son básicamente iguales y, en consecuencia, pueden verse a sí mismos al observar a los otros. Pero, al considerar a los individuos como miembros de una tribu, las relaciones políticas adquieren otro carácter. Los primeros, en tanto pertenecientes a tribus particulares, no pueden reconocerse entre sí como básicamente iguales, sino que se reconocen entre sí a través de sus diferencias irreductibles. Los individuos, en tanto miembros de tribus, no pueden transigir con sus diferencias, porque ello pondría en cuestión la existencia misma de la tribu a la que pertenecen y que es la que les otorga un ser social. Así, las actitudes de los sujetos sociales frente a los poderes políticos se concentran en la defensa del ideal comunitario. La defensa de las solidaridades y de la existencia propia a través del grupo, de la tribu.

LA REVANCHA DE LOS VALORES DEL SUR

En el centro mismo de nuestras grandes ciudades, dice Maffesoli, hay algo que está escapando a la modernidad concebida a partir del modelo anglosajón, un modelo prometéico que preconiza el dominio de la naturaleza, el control de la sociedad.

Existen cada vez más indicios de los nuevos valores que van surgiendo de las formas de organización social que están adoptando los jóvenes de todo el mundo: una “gran resistencia” a los valores mercantilistas, utilitaristas y de lucro, apoyados en una racionalidad, cuyo divorcio con el placer de vivir y con los sentidos la han convertido ya en “una nueva forma de barbarie”. Existe una influencia que se expande lentamente justo cuando los grandes medios de comunicación masiva siguen glorificando el pensamiento económico y político dominante. Esta revolución, que no es de índole política, consiste en una rebelión cotidiana, en imperceptibles revueltas diarias, que van dando forma no a una gran utopía lejana, sino a pequeñas utopías intersticiales.

Tal proceso estaría incubando lo que Maffesoli denomina la *revancha de los valores del sur*, donde el hedonismo, el placer de la existencia, de comer, de vestirse para dar una buena apariencia, renacen con creciente intensidad. Maffesoli considera que México parece ser el ejemplo de un país donde esta profundidad se esconde en la

superficie, en la piel. Es un fenómeno que explica la necesidad de desarrollar un pensamiento de la piel, un pensamiento que no solamente tome en cuenta al cerebro, sino también al vientre; la *razón sensible*, la razón que integra todos los factores que entran en juego en el ser humano y su totalidad.

De este modo, Maffesoli señala que están surgiendo microtribus juveniles como un retorno al nomadismo, al placer del cuerpo, al gozo del sol. Valores que no son utilitarios y se expresan de manera efervescente en las revueltas juveniles, en la emergencia de generaciones para las que el trabajo ya no es el único valor dominante, ni la razón es la única forma de entender la existencia. Fuerzas alternativas vistas en la juventud que se movilizó en Seattle, en Praga o en Génova para rechazar el mundo uniformizado que propone la globalización y para pugnar por otra forma de entender el mundo en que vivimos, no sólo a través de la razón, sino también mediante la imaginación, los símbolos, lo onírico y lo lúdico. Prácticas de vivir, de socializar, de rebelarse portando los valores que las nuevas generaciones llevan en ocasiones al paroxismo, pero que pueden ser el futuro de la sociedad, el embrión de una posmodernidad donde Estados Unidos ya no será el eje, sino posiblemente naciones del sur, como México, que también ejercen influencia en el coloso a través de los sentidos, de su cocina y de su amor por los pequeños placeres de la vida cotidiana.

DE LA IDENTIDAD A LAS IDENTIFICACIONES

Max Weber, en su noción del desencantamiento del mundo, plantea la racionalización generalizada de la existencia. Este concepto implica una correlación entre la racionalización de la existencia y el desencantamiento. Es decir, la idea de que nuestro mundo se tecnologizó cada vez más y al mismo tiempo se desencantó. De cierta manera, se puede decir que este planeta tecnologizado es cada vez más aburrido, más inhumano, más bárbaro.

Maffesoli desarrolla la idea de un *reencantamiento* del mundo, al lado de la propuesta de Weber. En el Centro de Estudios sobre lo Actual y lo Cotidiano, que dirige en La Sorbona, un grupo trabaja esa problemática en un proyecto intitulado "tecnología y cotidiano". Esta investigación muestra de diversas maneras cómo la tecnología ha sido el elemento central del desencanto de esta progresión aburrida del

mundo. Pero ahora, se exhibe cómo esta tecnología participa de la dimensión lúdica y onírica colectiva, en lo que llama un inconsciente colectivo. Basta ver esta conjunción entre tecnología e imaginario en los videoclips, juegos electrónicos, o películas como *La guerra de las galaxias*, para mostrar la compatibilidad que se puede alcanzar; un ejemplo es un caballero de la Edad Media que tiene en su mano un rayo láser.

De acuerdo con Maffesoli, el internet reencanta nuestra existencia. Se juega con él. Un 70 por ciento del tráfico no es comercial, son las búsquedas amorosas, pornográficas, eróticas, son los foros de discusión, los foros filosóficos. El tráfico de internet no es funcional, es estético.

Por otro lado, habla del paso de la identidad a las *múltiples identificaciones*. En su opinión, resbalamos del futuro hacia el presente, es decir, la modernidad estaba volteada hacia el futuro, mientras que lo que importa ahora es vivir el presente, experimentarlo. No me voy a preocupar por mañana: hago el amor por hacer el amor y no para tener hijos, por ejemplo. El mecanismo de identificación sólo puede existir cuando lo que importa es el “aquí y ahora”.

En su último libro, *El instante eterno* (2001), plantea esta idea de que lo que es eterno es el instante, ya no la historia, ya no el futuro. De modo que existen identificaciones cuando lo que es preocupante es el presente.

Una manifestación de este fenómeno se encuentra en las grandes muchedumbres. En las grandes multitudes deportivas, musicales, religiosas. En ellas, lo que importa no es el individuo, es el hecho de que se esté junto al otro, de perderse en el otro. Maffesoli recurre a la expresión utilizada por las jóvenes generaciones: “reventarse”. Uno se revienta en los conciertos de rock, al escuchar música *techno*, uno lo hace de diversas maneras. Pero ¿qué significa reventarse? Quiere decir rebasar el encierro en uno mismo. Reventarse es el éxtasis, es rebasar este cierre. Ese reventón festivo que encontramos en las grandes aglomeraciones en torno a la música o al deporte.

Lo que se observa, es un devenir histérico del mundo. El mundo es histérico: histeria musical, deportiva, religiosa. ¿Qué es la histeria en su sentido etimológico? El útero, el vientre.² Se ha construido un mundo social a partir del cerebro. Es necesario elaborar un pensamiento del vientre y no sólo del cerebro. Un pensamiento del vientre, que se mueve de manera religiosa, musical, deportiva. La razón sensible es la totalidad del ser. La totalidad del ser como cerebro y vientre, el cerebro y los sentidos.

² Del griego histeria, matriz.

La figura emblemática de la modernidad, que de alguna manera sintetiza y cristaliza el espíritu de nuestro tiempo es, dice Maffesoli, la figura del adulto serio y razonable y preferentemente un hombre. Y ésta es la gran figura moderna. Ese adulto capaz de trabajar, de ser razonable.

Por el contrario, en otras épocas la figura emblemática ha sido el niño eterno. Es el mito de Dionisos, la imagen del niño eterno. Éste es la juventud y la apología de la juventud. Todo el mundo quiere vestirse y hablar como los jóvenes.

Reflexionando sobre el tiempo en la historia, Maffesoli establece que cuando uno mira las historias humanas puede verse que en la tríada temporal (pasado, presente y futuro), cualquier civilización va a poner el énfasis ya sea en el presente, o en el pasado o en el futuro.

Por ejemplo, la Edad Media fue una sociedad que era reaccionaria, no en una connotación política, sino en el sentido de que lo que constituía su referencia era el pasado, la tradición. La tradición es “aquel tiempo”. Son sociedades míticas en las cuales no se puede inventar nada. En cambio, la sociedad moderna es esencialmente progresista, lo que es importante para ella es el futuro.

Pero existe una saturación de la gran proyección política, de la gran proyección de diversos centros: la conquista del presente. Ésta trae consigo una “repatriación del goce”, es decir, el goce ya no será diferido sino repatriado al momento, será traído al momento mismo. Es lo que Maffesoli llama el *instante eterno*. Una eternidad que ya no es una eternidad por venir sino una eternidad del acto, lo que se agota en el acto.

CONSIDERACIONES FINALES

La obra de Michel Maffesoli, que abarca diversos temas, se encuentra estructurada alrededor de una constante: su concepción de las sociedades contemporáneas como posmodernas y la importancia que debe tener en el estudio de esas sociedades el análisis de la vida cotidiana.

La denominación de posmodernidad es, en primer lugar, un intento de captar el núcleo característico de las sociedades actuales: su pluralidad o complejidad en el sentido de que en la vida social no existen casualidades deterministas simples, como las que empleaba el marxismo ortodoxo para hacer de la base económica la causa primera de los hechos sociales más variados. Para Maffesoli, las sociedades pos-

modernas están cruzadas por fenómenos como el pluriculturalismo y su correspondiente multiplicidad de representaciones simbólicas que pueblan la comunicación entre los sujetos sociales.

Tales fenómenos, que dan cabida a la posmodernidad, no pueden ser contenidos por categorías simples provenientes de una ciencia social segmentada en compartimientos especializados (economía, sociología o ciencia política); es necesario un entrecruzamiento epistemológico entre las diferentes disciplinas sociales. Para Maffesoli, la posmodernidad social se desdobra en un ineludible posmodernismo del pensamiento.

Él enfatiza las dimensiones microscópicas de la vida social, que son aspectos que se captan mediante los conceptos de lo imaginario y lo cotidiano. Las posibilidades de una sociología de lo cotidiano pasan por una crítica epistemológica del concepto de razón, predominante en el pensamiento social occidental.

El sociólogo francés desarrolló estas reflexiones en su obra *El conocimiento ordinario* (1993), en donde propuso el concepto central de razón sensible. Su propósito es indicar que el conocimiento sociológico se encuentra enraizado en la vida ordinaria de los sujetos sociales tales como ellos la experimentan. El saber social, de acuerdo con la noción de razón sensible, es un saber que avanza por métodos racionales, pero que se apoya constantemente en lo empírico de la cotidianidad.

Para ejercitar la razón sensible hace falta una actitud específica del científico social: la de tratar de acercarse a la realidad social contrarrestando su tendencia a separarse o abstraer esa realidad. La idea es estar siempre afincado en la vida social.

Maffesoli se propone elaborar una reflexión sociológica asentada sobre la existencia habitual, plagada de anécdotas, de comedias y tragedias.

Este sociólogo considera que el deber de la disciplina social radica en afincarse en lo cotidiano. Y llama a los trabajadores intelectuales, frecuentemente obnubilados por sus conceptos, a captar la lógica “no lógica” del flujo social, remitiéndonos a Maquiavelo, que reconoce el antagonismo del pensamiento del palacio y el de la plaza pública.

En su opinión la interrogante es: ¿El científico social sabe cómo escuchar el pensamiento de la plaza pública?

Por ello evalúa que la vida social no puede ser explicada sociológicamente si no se estudian las formas a través de las cuales esa vida social se recrea a sí misma en la cotidianidad. El comer, el pasearse, la vida en la plaza y en el grupo de amigos. Al tomar en cuenta estos eventos,

Maffesoli enfatiza el análisis de aspectos de la vida social: lo emotivo, lo afectivo, la dimensión festiva y lúdica de la vida. El vínculo entre ética y estética. Se trata de un nuevo vínculo social estimulado por el sentimiento colectivo. En ese sentido, Dionisio, dios griego de la uva del vino y de la fiesta, es la figura emblemática de nuestra época.

El autor constituye parte de una larga tradición en Francia en la cual la vida cotidiana es vista como la arena de la creatividad cultural y de la revuelta social. Maffesoli se concentra en la estética y en lo expresivo como formas de resistencia y de comunicación encontradas en los espacios de la vida diaria.

La clave para comprender los estilos de vida contemporáneos es la idea de una socialidad afectiva. El sentido de pertenencia derivado de la camaradería o la comunión es, para él, el ímpetu que subyace a las identificaciones colectivas del estilo de vida. La gente quiere pertenecer, quiere tener un modo de mostrar su empatía con sus semejantes, quiere una forma de solidaridad basada en valores éticos y estéticos compartidos.

Por ello, sugiere que el mundo de la vida, asociado con lo consuetudinario, es una arena importante para el desarrollo de nuevas formas de expresión cultural, frecuentemente extrañas al mundo social de las instituciones.

Un mundo de la vida que fluye a través de la socialidad de la vida cotidiana en la combinación de formas éticas y estéticas de comunicación. La vida ordinaria es fuente de nuevas formas de solidaridad social que se manifiestan en una voluntad colectiva que asume formas tribales distintivas en la medida en que grupos de individuos buscan expresar sus intereses y sentimientos particulares a través de este *ethos* de identificación. Para Maffesoli esta socialidad cotidiana que se encuentra en la forma de “neotribus” deriva de la vida expresiva de los individuos.

La vida cotidiana es contrastada con el mundo de las instituciones y de hecho con la institución de la identidad. Las identidades definidas en términos de ciudadanía, derechos y obligaciones políticas, lugar de empleo, religión institucionalizada y otras formas de lógica codificada de pertenencia y comunidad son desafiadas por esta resistencia expresiva que emana desde dentro de la vida diaria.

La lógica de la identidad da paso a lo que Maffesoli llama la lógica de la identificación.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, Jeffrey
1988 "Introduction: Durkheimian Sociology and Cultural Studies", en Jeffrey Alexander, ed., *Durheimian sociology: cultural studies*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Álvarez, Carmen
2001 "Advierte un retorno a lo tribal y arcaico. Percibe Maffesoli razón sensible en México", en *Reforma*, 26 de septiembre.
- Cano, José
2000 "El intelectual, un tirano cuando quiere transformar el mundo. El filósofo Michel Maffesoli en México", en *El Financiero*, 27 de septiembre, p. 52.
- Cisneros, Jorge
2000 "El posmodernismo: una noción provisional", en *Milenio diario*, 26 de septiembre, p. 49.
- Durkheim, Émile
1973 *De la división del trabajo social*, Shapire, Buenos Aires [1893].
1974 *Las reglas del método sociológico*, Morata, Madrid [1895].
1976 *El suicidio*, Akal, Madrid [1897].
1982 *Las formas elementales de la vida religiosa*, Akal, Madrid [1912].
- Gómez, Luis
1994 "Vida intelectual y conocimiento. Un diálogo con Michel Maffesoli", en *Sociológica*, año 9, núm. 26, septiembre-diciembre, pp. 245-253.
- Jiménez, Arturo
2001 "Los ataques contra EE.UU., indicio del retorno de lo trágico en las sociedades posmodernas, señala Maffesoli", en *La Jornada*, 26 de septiembre.
- Jiménez, Maricruz
2000 "Visita a México Michel Maffesoli, filósofo del nomadismo contemporáneo", en *La Crónica de hoy*, 26 de septiembre, p. 16B.
- Maffesoli, Michel
1990 *El tiempo de las tribus*, Icaria, Barcelona.
1991 "La sociología de lo cotidiano dentro del marco de las sociologías francesas", en *Estudios Sociológicos*, vol. ix, núm. 27, pp. 623-631.
1993 *El conocimiento ordinario*, Fondo de Cultura Económica, México.
1996 *De la orgía, una aproximación sociológica*, Ariel, Barcelona.
1997 *Elogio de la razón sensible*, Paidós, Barcelona.
1998 "Sobre el tribalismo", en *Estudios Sociológicos*, vol. xvi, núm. 46, pp. 17-23.

- 2000a “Posmodernidad e identidades múltiples”, en *Sociológica*, mayo-agosto, año 15, núm. 43, pp. 247-275.
- 2000b “Identidad e identificación en las sociedades contemporáneas”, en Benjamín Arditi, ed., *El reverso de la diferencia. Identidad y política*, Nueva Sociedad, Caracas, pp. 37-45.
- 2001 *El instante eterno. El retorno de lo trágico en las sociedades posmodernas*, Paidós, Barcelona.
- Omelas, Óscar
- 2001 “El reencantamiento del mundo. La vida social no se ha apagado, dice Michel Maffesoli”, en *El Financiero*, 27 de septiembre.
- Velázquez, Patricia
- 2000 “La migración busca también reanimar a la sociedad. El sociólogo y filósofo francés Michel Maffesoli asegura que existe un retorno al nomadismo, que será la semilla de una nueva civilización”, en *El Universal*, 26 de septiembre, pp. F1-F2.